



John Ashbery, poemas

Traducciones, Roberto Echavarren

Mi Filosofía de Vida

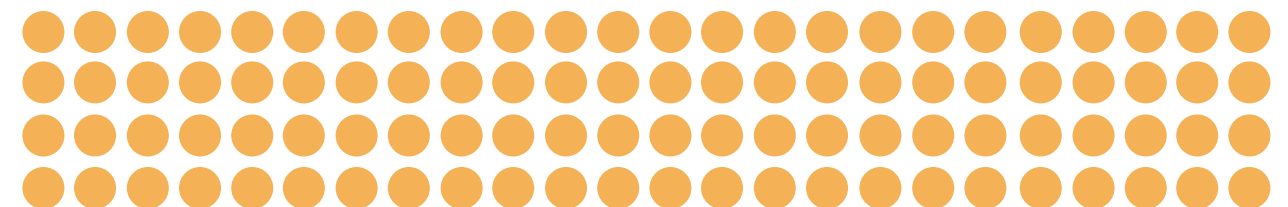
Justo cuando pensé que no había espacio bastante para otro pensamiento en mi cabeza, tuve esta idea estupenda— llámalo una filosofía de vida, si te parece. En síntesis, implicaba vivir como viven los filósofos, según ciertos principios. Ok, ¿pero cuáles?

Esto resultó lo más difícil, me doy cuenta, pero tenía cierto tipo de oscura presciencia de lo que sería. Todo, desde comer melón, o ir al baño, o quedarse parado en una plataforma del subte, perdido en pensamiento unos minutos, o preocupándose por las selvas, estaría afectado, o más precisamente, modulado por mi nueva actitud. No daría sermones ni me preocuparía acerca de los niños y los viejos, excepto de un modo general prescrito por nuestro universo de reloj. En vez de lo cual, dejaría las cosas ser lo que son, inyectándoles el serum del nuevo clima moral en que pensaba haber penetrado, como un extranjero por accidente empuja un panel y una estantería se desliza, revelando una escalera de caracol con una luz verdosa que viene desde abajo, y automáticamente traspasa el umbral y la estantería se cierra de nuevo, como suele suceder en esas ocasiones. De repente lo colma una fragancia—no azafrán, no lavanda, pero algo entre los dos. Piensa en almohadones, como aquél donde el bull terrier de su tío Boston solía echarse, observándolo inquisitivo, las puntas de las orejas dobladas hacia delante. Y entonces empieza el gran apuro. Ninguna idea sale de ahí. Esto alcanza para que te repugne el pensamiento. Pero luego recuerdas algo que

William James
escribió en alguno de sus libros que nunca leíste—estaba bien, tenía fineza,
el polvo de la vida, que lo cubría, limpiado por casualidad, sin duda sin embargo concernido aún

por la evidencia de huellas digitales. Algún otro ya lo había manejado antes de que él lo formulase, aunque el pensamiento fuese suyo y sólo suyo.

Está bien, en verano, visitar la costa.
Hay muchos trayectos para hacer allí.
Un monte de pichones de álamos plateados acoge al viajero. Cerca quedan los mingitorios públicos donde fatigados peregrinos grabaron sus nombres y direcciones, mensajes también quizá, mensajes al mundo, mientras permanecían sentados pensando acerca de lo que harían después de usar el baño y lavándose las manos en la pileta, antes de salir otra vez al parque. ¿Habían sido gobernados por principios, y eran sus palabras filosofía, aunque cruda?
Confieso que no puedo ir más lejos por esta línea de pensamiento— algo la bloquea. Algo, que no soy suficientemente grande como para mirarlo desde arriba. O tal vez estoy francamente asustado. ¿Qué había de malo en la manera en que actuaba antes?
Pero tal vez pueda lograr un compromiso—dejaré que las cosas sean lo que son, de algún modo. En otoño apilaré jaleas y confituras contra el frío del invierno y la futilidad, y esto será algo humano, e inteligente asimismo.
No me avergonzarán las observaciones tontas de mis amigos, ni siquiera las mías propias, aunque por cierto ésta es la parte más difícil, como cuando estás en un teatro lleno y algo que dices enfurece al espectador delante de ti, a quien no le gusta siquiera la idea de que dos personas próximas a él estén conversando. Bueno, hay que tirarlo por el inodoro, para que los cazadores se venguen de él— ya que esto funciona en dos direcciones, ¿entiendes? No puedes estar siempre preocupándote por los otros y concentrarte en ti mismo a la vez. Eso resultaría abusivo, y tan poco ameno como asistir a la boda de dos personas que no conoces. Igual, es muy divertido considerar las lagunas entre las ideas. ¡Están hechas para eso! Ahora quiero que salgas ahí fuera y disfrutes; y sí, disfruta de tu filosofía de vida, además. No aparecen todos los días. ¡Mira! Allí hay una grande...



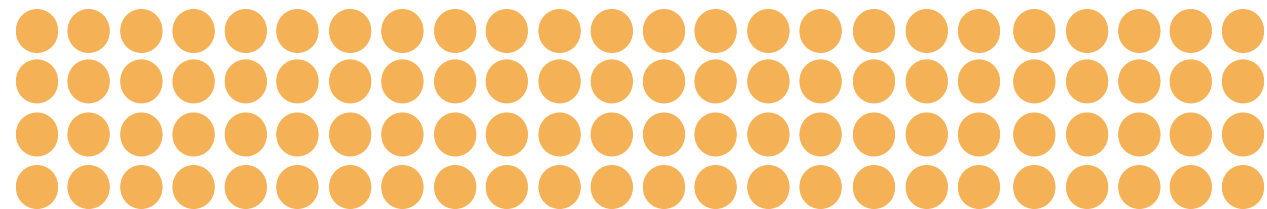
El Problema de la Ansiedad

Han pasado cincuenta años
desde que empecé a vivir en esas ciudades oscuras
que te contaba.

Bueno, nada ha cambiado. Todavía no puedo figurarme
cómo ir desde el correo a las hamacas del parque.

Los manzanos florecen en el frío, no por convicción,
y mi pelo es el color de las pelusas del diente de león.

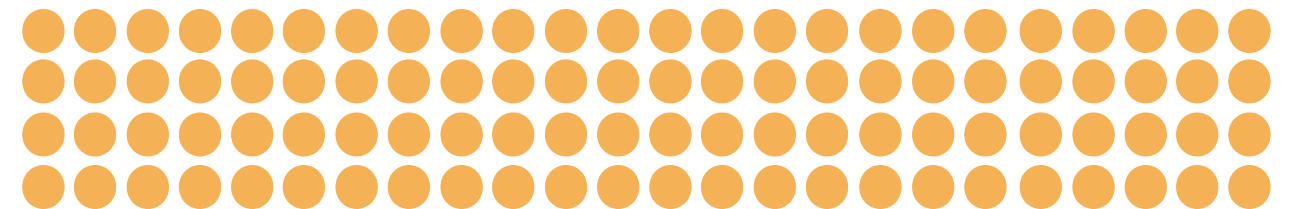
Supón que este poema fuera acerca de ti—¿pondrías
en él las cosas que yo he dejado fuera deliberadamente:
descripciones del dolor, y el sexo, y de qué forma inconstante
se porta la gente unos con respecto a otros? No, eso
ya está incluido en algún libro, parece. Para ti
he reservado las descripciones de sándwiches de pollo,
y el ojo de vidrio que me mira con pasmo
desde la repisa de bronce de la chimenea, y que no se apaciguará nunca.



Sin Título

Y ahora no recuerdo lo que me parecía. No es un conducto (¿confluencia?) sino un
lugar. El lugar, del movimiento, y de un orden: el lugar del viejo orden. Pero la cola del
movimiento es nueva. Llevándonos a decir lo que pensamos. Es muy parecido a una
playa después de todo, donde estás y no piensas ir más allá. Y es bueno que no vayas
más allá. Es como una razón que te recoge y te lleva adonde siempre quisiste estar.
Tan lejos como eso. Está bien cruzar, haber cruzado. Entonces no hay promesa en el
otro. Eso es. Acero y aire, una presencia moteada, una exigua panacea y suerte para
nosotros. Y entonces se puso muy frío.

(Inscrito en el Whitney Bridge, Minneapolis)



Malva Apagado

A veinte millas, en las más frías
aguas del Atlántico, miras anhelante
hacia la costa. ¿Alguna vez amaste a alguien
ahí? Sí, pero era apenas un gato, y yo,
un manatí, ¿que podía hacer? No hay recompensas
en este mundo por haberse meado la vida, aún
si implica llegar a ver icebergs olvidados
de hace décadas separándose de la masa
para nadar bajo la superficie, levantando
una montaña de vidrio desbordante antes de abalanzarse erectos
para empezar el viaje peligroso desconocido
hacia el horizonte desolado.

Ése fue el modo

En que pensaba acerca de cada día, cuando era joven; un desprenderse,
a la vez suicida e imbuido de una cierta gracia ritual.
Después, hubo tantos protagonistas
que uno se perdía un poco, como en una selva de doppelgängers.
Muchas cosas estaban aconteciendo. Y la luna, balanceándose
sobre la loma como una toronja enorme y lisa, comprendió
la importancia de cada una, y no estaba dispuesta
a facilitar la tarea de nadie, aunque la amamos.

